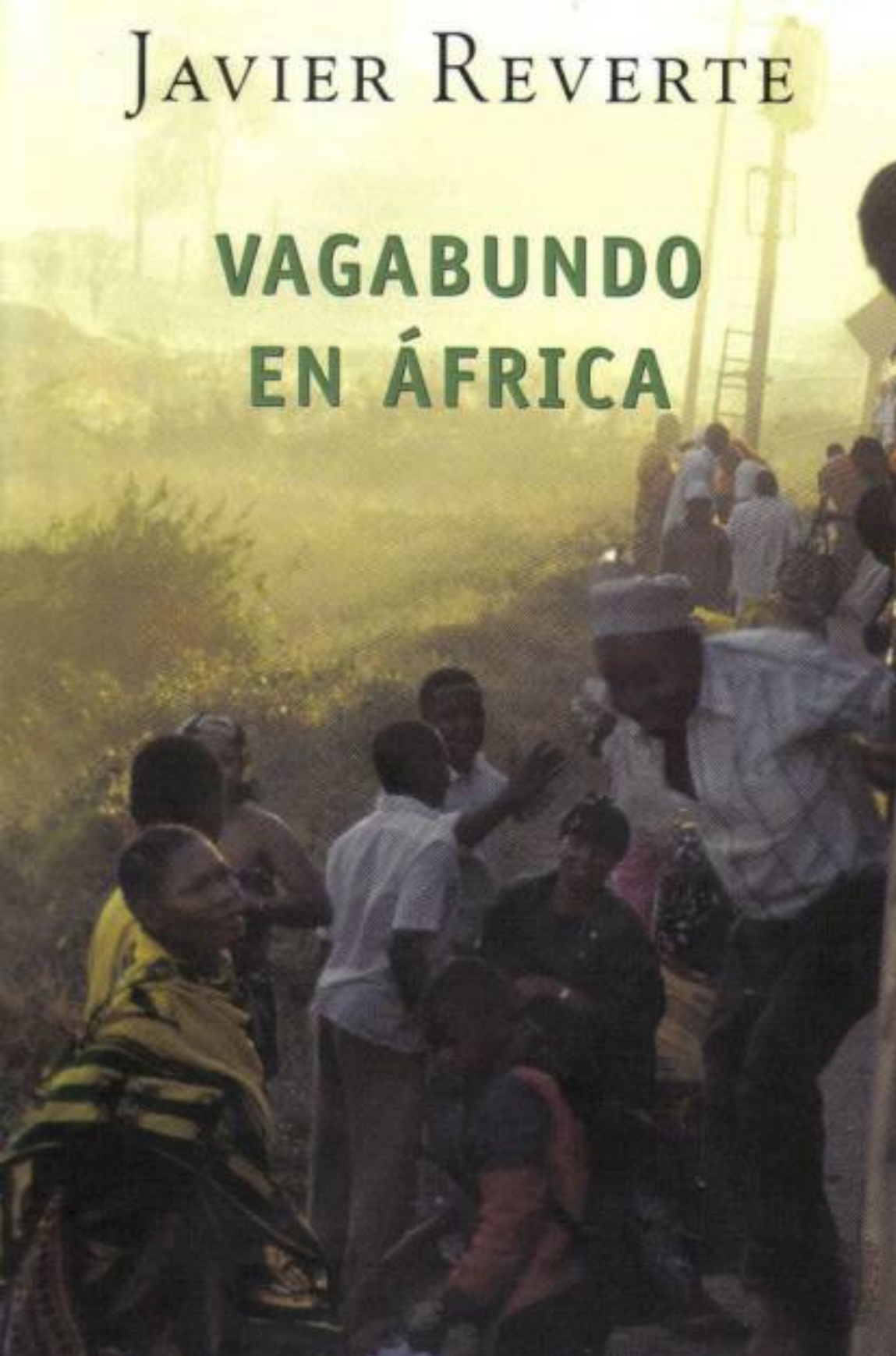


JAVIER REVERTE

**VAGABUNDO
EN ÁFRICA**



En su segundo viaje al continente africano, Javier Reverte recorrió Sudáfrica, Zimbabue, Tanzania, Ruanda y Congo para dejarnos un nuevo y estremecedor relato sobre el misterio de África y el riesgo de viajar por territorios inseguros... Las innumerables batallas libradas en Sudáfrica, el genocidio ruandés de 1994 o los horrores sufridos en Congo cuando era casi una finca personal del rey Leopoldo II de Bélgica son algunos de los hechos históricos que recorre el autor con una prosa dura y hermosa, épica y lírica a la vez, que concluye de forma brillante con la navegación por las aguas del gigantesco río Congo... Vagabundo en África es un libro que se lee como una novela, lleno de pasión, y que al mismo tiempo nos habla sobre los oscuros laberintos del alma humana. Es, también, un canto a la fe en el hombre, porque, en palabras del propio autor, «donde hay un deseo, hay un camino»... «Reverte hace a los lectores caminar a su lado con naturalidad, ternura, curiosidad, perspicacia, humor, pasión y una honda comprensión de lo humano».

A Ángel García Pintado y Mario Muchnik,
que confiaron en mi primer libro africano.
Y a José Antonio Bordallo, que me ayudó a hacer
posible este segundo.

PRIMERA PARTE

UNA TIERRA DE PÓLVORA Y DE SANGRE

En África no hay fronteras, ni siquiera entre la vida y la
muerte.

LEOPOLD S. SENGHOR

1

LA IRRESISTIBLE ATRACCIÓN DE LAS LEYENDAS

En mis ensoñaciones había un río que era grande como un mar, el Congo, «el río que se bebe todos los ríos», y había cruzado media África, desde Ciudad del Cabo al océano Índico, atravesando las grandes sabanas y las Tierras Altas, para llegar hasta Kinshasa, capital de la República Democrática del Congo, pocos meses después de que terminara la guerra de 1997. Había logrado pasaje en el *Akongo-Mohela*, un remolcador que empujaba dos barcasas repletas de mercancías y pasajeros río arriba. Navegaba entre selvas e islas, en anchas lagunas donde no podían divisarse ninguna de las dos orillas, entre canales cercados de pétreos murallones y de bosques de ceibas y cocoteros, admirando la pericia del capitán para sortear fondos arenosos donde el barco corría el riesgo de quedar embarrancado, mecido por las canciones alegres de las gentes que atestaban las cubiertas de las barcasas, fascinado por las súbitas tormentas nocturnas que hacían hervir el agua y arrojaban sobre la nave sopapos de lluvia con la violencia de los cañonazos, agobiado por el sol del trópico de los mediodías, bajo el aire sensual, envuelto por el griterío de los pájaros y los monos, y borracho de olor a jungla virgen.

Viajaba en la estela de Joseph Conrad, dejando ya muy atrás el puerto de Kinshasa y en dirección al lejano Kisangani, el conradiano «corazón de las tinieblas», en el río que también habían navegado André Gide y Graham Greene y por donde mucho antes descendieron las canoas de los exploradores Stanley y Brazza. La euforia de cumplir un acariado propósito hacía de mí un viajero feliz.

Y de pronto el río se tornó una entidad maligna y un atisbo del «horror» del que hablaba Conrad se mostró ante mí. Eran las primeras horas de la noche de un miércoles de octubre, el sexto día de navegación en el *Akongo-Mohela*, una oscura noche sin luna y de un cielo cosido por millones de estrellas. Habíamos atracado en el puerto de Bolobo, a trescientos treinta kilómetros de Kinshasa, obligados a detenernos allí por un control militar. Yo estaba en el camarote, tomando notas en mi cuaderno de viaje, cuando la puerta se abrió y entró un soldado armado con un fusil automático. Vestía una camiseta amarilla sin mangas y un pantalón de camuflaje. En su cinturón se ajustaban varias bombas de mano. Su cara era redonda y pequeña, de frente estrecha, y sus ojos navegaban en una humedad amarilla de alcohol y marihuana. Sonreía y mostraba los dientes separados bajo la pelusa del bigotillo. Se sentó frente a mí, dejando el arma sobre la mesa y apuntándome. Me habló en un francés poco comprensible, sin abandonar su sonrisa, y arrastrando las palabras con lentitud. Su actitud me hacía pensar en antiguas y mediocres películas de Hollywood donde los bandidos, por lo general mexicanos, componen un gesto irónico y chulesco, cortés y cruel a la vez. Quizá aquel soldado había visto decenas de ellas en las salas de vídeo africanas y se sentía ufano de interpretar su soñado papel ante un blanco desarmado. Cuando le dije que yo era un simple turista, soltó una cinematográfica carcajada. «No, no, monsieur, usted no es un turista; usted es un espía y un enemigo del Congo», dijo. Luego añadió: «Su vida vale doscientos dólares. Démelos o le mato». Yo pensé que

era al contrario: que si aceptaba dárselos, acabaría conmigo.

En la más bella noche del río Congo, en el pequeño puerto de Bolobo, tenía enfrente de mí a un hombre que podía matarme. Era una macabra ironía: yo había llegado hasta allí para buscar el paisaje de un magnífico libro, *El corazón de las tinieblas*, y el espíritu que inspiró aquella obra literaria se me mostraba como una realidad letal: tenía delante una de las caras del «horror» conradiano. «La imaginación —escribió Conrad—, y no la invención, es el maestro tanto del arte como de la vida». Allí estaba, en la boca del fusil del soldado, la prueba de aquella imponente verdad de la literatura.

Las grandes obras literarias, y la épica de la historia, despiertan en muchos de nosotros, los apasionados lectores, un impulso irrefrenable por revivir la aventura. «Viajamos literariamente», como dijo Chatwin, con un ansia algo neurótica por ganarle terreno al tiempo, añado yo. Joseph Conrad navegó el Congo en 1890, impulsado por un deseo de aventura que le hacía compararse a sí mismo con Don Quijote. Aquel viaje, en el que recorrió mil setecientos kilómetros del río, desde Leopoldville (hoy Kinshasa) hasta Stanleyville (hoy Kisangani), despertó en el alma del entonces marino una profunda conciencia de escritor. «Antes del Congo —escribió luego en una de sus cartas—, yo era tan sólo un animal». Y le reveló una verdad que es vieja en la literatura y que impregna toda la obra conradiana: la imaginación es una forma creativa de ordenar la experiencia, y es también maestra de la vida y del arte. El propio Conrad escribió en el prefacio de la edición de su novela en 1902: «*El corazón de las tinieblas* es experiencia llevada un poco (y solamente un poco) más allá de los hechos reales, con el propósito, perfectamente legítimo en mi opinión, de traerla a las mentes y al corazón de los lectores». Conrad vio algo profundo en el Congo y luego escribió sobre ello, eso que

llaman «el lado oscuro», un aroma muy poco frecuente en las obras literarias y que todos los lectores admiramos sin comprenderlo en su exacta dimensión.

André Gide, en el curso de su viaje del río, en 1925, leyó por cuarta vez *El corazón de las tinieblas*, y escribió: «Este libro admirable sigue siendo profundamente verdadero. No hay exageración en sus páginas, es cruelmente exacto». Graham Greene recorrió un tramo del río en 1957, «en busca de un personaje», prometiéndose una y otra vez no volver a leer a Conrad para no verse influido por su enorme talento. Pese a ello, Quarry, el protagonista de su novela *Un caso acabado*, es un alma que busca los límites de su condición humana enfrentada al vacío de la vida y al absurdo de la muerte, un tema de fondo muy conradiano. Y en fin, cuando el director de cine Francis Ford Coppola quiso hacer un retrato salvaje de la intervención americana en el sudeste asiático, eligió el argumento de la novela de Conrad para realizar su *Apocalypse Now*, y puso a navegar río arriba, en el Vietnam, a un grupo de soldados dirigidos sin saberlo hacia el horror.

El libro de Conrad es una parábola sobre cómo el alma humana, impulsada por ideales nobles, puede deslizarse hasta el límite de la barbarie, una cuestión que ha impregnado la historia y la literatura del siglo XX y que Conrad adelantó con lucidez. Es un libro enigmático y su río es un camino de perversión, donde la belleza y la maldad se dan la mano; es un curso inmenso de agua rodeado de selvas donde se avanza sin remedio hacia lo irracional y lo maligno, donde la lucidez llega a ser mezquina, la valentía conduce a la locura y la conciencia moral arrastra al asesinato. El personaje narrador del libro, el marino Marlow, álgter ego de Conrad, lo advierte ya al comienzo de la historia: «Marchas a través de los bosques con la sensación de que el salvajismo, el salvajismo extremo, lo rodea..., toda esa vida misteriosa y primitiva que se agita en el bosque, en las selvas, en el corazón del hombre salvaje. No hay iniciación pa-

ra tales misterios. Se ha de vivir en medio de lo que no comprendes y al tiempo detestas. Y hay en todo ello una fascinación: la fascinación de lo abominable».

El río sigue siendo tal y como lo vio Conrad en 1890. Los barcos que lo navegan no han cambiado mucho, viejos remolcadores que empujan barcazas donde se hacina la gente en condiciones de miseria. Por todas partes y a toda hora surgen amenazas que ponen en peligro la vida de quienes viajan en sus aguas: tormentas, enfermedades, vendavales, soldados incontrolados... La muerte te rodea y morir llega a no importarte demasiado, porque es un hecho terrible, pero lógico al mismo tiempo. Cien años no han borrado el carácter del río Congo, y las palabras del libro de Conrad, escrito en 1899 y publicado en 1902, siguen teniendo una actualidad pasmosa.

«Era lo suficientemente hombre como para enfrentarse a las tinieblas», dice Marlow en su relato refiriéndose al capitán de un barco romano que remontaba el Támesis. Por mi parte, que buscaba el paisaje y el espíritu de la novela en el curso del enorme río, puedo decir que no esperaba darme de bruces con su realidad maligna. De saberlo de antemano, no sé si hubiera sido lo bastante fuerte como para enfrentarme a las tinieblas. Y cuando lo supe, escapé del río. Allí aprendí que es cierto que los símbolos, en ocasiones, se transforman en una realidad abrumadora. Y ahora sé que esa conjunción de símbolo y realidad pueden hacer de un hombre que escribe, sin excesivo talento natural, un escritor potente.

Pero todo eso fue mucho después de comenzar mi periplo, algo menos de dos meses antes, en Ciudad del Cabo. Habían transcurrido cuatro años desde mi último viaje al continente negro y casi un año desde la publicación de mi libro *El sueño de África*. La acogida que tuvo entre los lectores me permitía financiarme un nuevo y largo paseo por territorios africanos. No estaba muy seguro de escribir algo

a la vuelta. De hecho no pensaba hacerlo si no lograba un buen material. Un escritor no debe repetirse, es mezquino imitarse. Y este libro no pretende ser una continuación del primero. Tenía muchas ideas para otros viajes, pero África tiraba de mí con una fuerza a la que no podía oponerme. Quería volver allí y vagar por el continente sin propósitos muy definidos, salvo la navegación del río Congo. Trataba de disfrutar de esa enorme sensación de libertad que es vagabundear a solas, decidiendo rumbos sobre la marcha, dispuesto a seguir los caminos inesperados que se abrieran ante mi capricho. Llevaba tan sólo en mi equipaje un punto de partida, Ciudad del Cabo, y un destino final, el río Congo. En medio, un largo tiempo para la aventura. Puedo decir que nunca he sido tan libre.

¿Y por qué Ciudad del Cabo? Sólo una razón: porque puede afirmarse que allí empezó de una manera decidida la ambición del hombre blanco por convertir el continente en un territorio propio, por arrebatarse al hombre negro la posesión de la tierra y la explotación de sus inmensas riquezas. Hasta que los holandeses establecieron allí su primera colonia, tan sólo los portugueses habían creado algunos asentamientos costeros que, por lo general, se limitaban a una presencia militar, a una suerte de cadena de vigilancia en la ruta hacia Asia. Fue en El Cabo donde comenzó, por llamarlo de alguna manera, la conquista de África. Y fue en El Cabo donde se inició una historia de tres siglos de guerras, de opresión, de sangre y de lágrimas.

Aquel día de julio, invierno en Suráfrica, una violenta tormenta oscurecía el cielo y arrojaba feroces sábanas de lluvia sobre la pista del aeropuerto. Mientras viajaba en taxi hacia la ciudad, bordeando los bidonvilles de Cape Flats, el barrio negro y pobre de Ciudad del Cabo, las nubes se abrieron levemente y vislumbré el pétreo murallón de la Table Mountain, una enorme roca en forma de mesa que es la seña de identidad y emblema de la ciudad. El arco iris hen-

día la piedra como un espadazo de luz, bajo el cielo gris y rojo.

La noche fue triste y húmeda en la urbe de calles desiertas. Tenía la sensación de encontrarme en un barrio céntrico de Nueva York, con su soledad nocturna, los altos edificios deshabitados, guardias de seguridad en las puertas de los comercios y de los hoteles, calles mojadas y humaredas de vapor en las alcantarillas.

Pero la mañana asomó luminosa y limpia, con un cielo acerado, inmenso y cristalino, y las calles animadas por riadas de gente que parecían alegres bajo el sol radiante. Decidí ir derecho al mar, quería tener una primera visión de la ciudad desde el océano, ver un paisaje semejante al que contemplaron los primeros navegantes europeos que llegaron a estas costas. Y me embarqué en un pequeño velero para turistas y domingueros que gobernaba un hombre joven, de largos cabellos rubios, barbado, feliz y reidor, y supongo que bastante guapo, pues dos muchachas que viajaban conmigo pugnaban por ganar su atención.

La mañana era dulce y el mar sereno. No soplaba apenas viento y el barco debía ayudarse de su pequeño motor para navegar en un océano pulido. Había grandes focas en los muelles del embarcadero y luego pingüinos que nadaban a nuestro lado y bandos de gaviotas y cormoranes. Nos dirigíamos a la isla de Rodden, a unos once kilómetros hacia el norte de Ciudad del Cabo. Es una isla de larga historia, siempre utilizada como penal, y su más famoso recluso fue Nelson Mandela, que cumplió aquí once de sus veintisiete de prisionero político. Rodden ha dejado de ser prisión desde el fin del régimen del apartheid, en 1994, y hoy es un lugar de peregrinación, casi un santuario para la población negra del país, que ve en la isla un símbolo de su libertad duramente ganada.

Me senté cerca de la proa, dando frente al océano. Quería contemplar El Cabo en el viaje de regreso, como debieron verlo los antiguos navegantes. El joven marino se

acercó a pedirme lumbre para su cigarrillo y charlamos un rato. Se llamaba Pierre. «No podía llamarme de otra manera: nací en un barco que se llamaba Saint-Pierre, en el puerto de Saint-Pierre y a mi madre le asistió un médico que se llamaba Pierre. Mi padre no tuvo que romperse la cabeza para bautizarme».

Luego me habló de la historia de la isla, de las grandes colonias de pingüinos que anidan allí y de los numerosos tiburones blancos que hay en sus aguas. «Pero no son peligrosos, tienen miles de focas con las que alimentarse y no se interesan por los hombres. Yo no he oído hablar de ningún ataque de tiburón blanco a seres humanos aquí en El Cabo».

Pierre estaba orgulloso de ser marino y había navegado toda la costa surafricana y el índico hasta el Cuerno de África. «El índico empieza a dieciséis horas de navegación desde aquí. Cuando entras en sus aguas, es como un bofetón de calor húmedo y el mar cambia de color. Pero el punto de encuentro de los dos océanos no es tan peligroso de navegar como ahí abajo, en El Cabo de Buena Esperanza. Nunca sabes cuándo puede estallar una tormenta. Surge de pronto, en apenas unos minutos, y levanta olas de hasta veinticinco metros. Muchos barcos se han hundido allí y doblar el cabo es algo muy emocionante. Yo lo he hecho varias veces. Si se queda unos días en la ciudad, no deje de ir, está cerca y hay buena carretera».

Le dije entonces que pretendía terminar mi viaje en el río Congo. El rostro del sonriente Pierre se tornó algo sombrío: «Un río..., un río no es lo mismo que el mar. Y el Congo... Bueno, he oído hablar del río Congo. Es difícil navegarlo. Tenga cuidado, en cualquier caso, hay lugares que tienen leyendas malditas, y ese es uno de ellos».

Me reí:

—¿Usted cree en esas leyendas? —pregunté.

—Todos los marinos debemos respetar las leyendas —respondió serio—. Allí abajo, en la punta del Cabo —y se-

ñaló hacia el sur con el brazo—, dicen que hay un barco fantasma, el Holandés Errante. ¿No ha oído hablar de él? Su capitán apostó, a cambio de su alma, que doblaría El Cabo en plena tormenta. No lo logró y quedó condenado a vagar por todos los mares del mundo. Muchos dicen que han visto el barco entre la niebla, con el capitán agarrado al timón, volando sobre las olas, mientras su tripulación grita aterrorizada. Dicen que verlo es presagio de una catástrofe.

—¿Es usted supersticioso?

—No, pero no me gusta negar nada de lo que afirman otros más viejos que yo. El hombre ha llegado a la Luna, pero no ha conseguido doblar El Cabo cuando el mar se enfurece. ¿Cómo se explica? Por eso le digo que tenga cuidado con el río Congo: me han contado que no es un buen río.

—¿Ha leído usted al novelista Joseph Conrad?

—No sé quién es. La literatura no me interesa, francamente, me aburre leer lo que la gente se inventa.

—Todas las leyendas las inventa alguien, y no todos los novelistas inventan.

—Cualquier leyenda tiene que ver siempre con la realidad —concluyó Pierre con gesto serio—. Disculpe, vuelvo al timón, ahora hay viento.

Se alejó con agilidad hacia popa después de arrojar el cigarrillo al agua. Las dos chicas le recibieron con blandas sonrisas.

Cruzábamos junto a la costa sur de la isla de Rodden y el barco comenzaba a girar para emprender el viaje de regreso. Seguí solo en la proa. Ahora soplaba una brisa lozana y el barco apagó su motor y el viento levantó ecos en la vela de lona, mientras las suaves olas besaban el casco de la nave. En la lejanía, la Table Mountain alzaba su mole granítica e imponente bajo el cielo azul pálido del mediodía. La ciudad, mínima a sus pies, parecía un humilde poblado en el que apenas se distinguía el brillo de algún rascacielos.

A la izquierda y a la derecha largas playas se tendían doradas bajo el sol.

Traté de imaginar lo que pudo ser la visión de la gran roca para los portugueses y holandeses que llegaron los primeros a este lugar. Sin duda, Ciudad del Cabo es un excelente puerto natural, orientado al norte, y protegido de los vientos antárticos y las tormentas. Ver el inmenso muralón de la Table Mountain tras un largo viaje en el océano era entonces, tal vez, una promesa de cobijo y protección. Pero la enorme roca podía parecer también un vigoroso guardián que cerraba el sur del gigantesco continente ignorado. Detrás, se extendía la gran tierra desconocida, la misteriosa África, las selvas, las cadenas de montañas, los ríos y los lagos, las tribus hostiles y las fieras, toda suerte de peligros y también de riquezas. La ambición despertaba en el corazón de los viajeros. Y también la sed de aventura, de vida intensa y emocionante.

A finales del siglo XV, una de las riquezas más apreciadas por los europeos era las especias de Oriente, que alcanzaban precios muy altos en los mercados. Las rutas por tierra en busca de especias suponían un largo viaje lleno de peligros para las caravanas cristianas, sobre todo a causa de la expansión del Islam en el norte de África, Turquía y Asia. El canal de Suez aún no había sido abierto y tan sólo restaba un camino para el comercio de los europeos: navegar hacia el sur la costa atlántica de África, doblar el Cabo de las Tormentas y ascender por el índico hacia el oriente. Un marino portugués, Bartolomé Dias, llegó a la Table Bay, al pie de la gran montaña, en 1487. Siguió viaje y, unos días después, dobló el Cabo de las Tormentas, que bautizó como Cabo de Buena Esperanza. Después de navegar varios meses por las costas africanas del índico, regresó a Portugal. Diez años más tarde, una nueva expedición lusitana comandada por Vasco de Gama siguió el mismo rumbo y lo-

gró alcanzar la India en 1498. La ruta de las especias estaba abierta.

Cuando concluía el siglo XVII, los holandeses e ingleses entraron a competir en el comercio de las especias con Portugal. La Table Bay comenzó a ser un lugar regular de parada de los veleros. Estaba a mitad de camino entre Europa y Oriente y las fatigadas tripulaciones, atacadas severamente por el escorbuto, podían aprovisionarse allí de agua, carne, frutas y verduras. En 1647, un navío holandés naufragó en la bahía y los marineros construyeron un fuerte para protegerse de las tribus indígenas. Fueron rescatados un año después, pero la Dutch East India Company decidió establecer una base firme en la bahía que sirviera como lugar de aprovisionamiento para los barcos que navegaban hacia Oriente. En abril de 1652 una expedición de empleados de la compañía holandesa, comandada por Jan van Riebeck, desembarcó en la bahía. Levantaron, cómo no, una iglesia, adscrita a la fe calvinista que dominaba en Holanda. Riebeck, además, organizó una plantación de verduras y una granja de animales, y sembró viñedos para producir vino. Así, hace tres siglos y medio, entre lechugas, frascas de tinto y conejos, y bendecida por Dios, nació Ciudad del Cabo.

La zona la habitaban entonces tribus de bosquimanos y hotentotes y las relaciones con los europeos variaban desde amigables intercambios comerciales a frecuentes enfrentamientos armados. Cuando llegaban los barcos, los nativos adquirían cobre, hierro y tabaco a cambio de carne y agua. En ocasiones, la tripulación de un navío europeo aprovechaba para robar a los indígenas antes de zarpar camino de Asia, y bosquimanos y hotentotes respondían atacando la siguiente nave que atracaba en el puerto. Robar ha sido siempre un oficio de buenos cristianos y a nadie en el mundo, por primitivo que sea, le gusta que le quiten lo que es suyo.

La llegada y el establecimiento de Riebeck lo cambió todo. Aquellos primeros y poco numerosos colonos holan-